



in-dios

Por Eleonora Achugar

Ya no me acuerdo cómo insultaba al manejar en Montevideo. Sí recuerdo que me conducía como una demente y que una noche hice caer por una calle en bajada el fusca de mis padres, apagado y en punto muerto, para demostrarle algo a unos amigos, ya no sé qué. La dueña de la camioneta donde terminó el recorrido de mi auto observaba la escena desde su balcón gritándome “tarada” sin que yo hiciera otra cosa que ponerme pálida del susto. Como digo, conducía como desquiciada e insultaba a quienes se toparan en mi camino con soeces palabras que ya olvidé.

Aquí, en la Ciudad de México, solía gritarle a más de uno, muy seguido y con mucha razón: “pendejo” (que aquí significa *idiota* o *boludo*, y es bastante ofensivo y soez). Pero sucedió que un día paseaba con mi hermano, mostrándole la ciudad, y se lo grité a la persona equivocada: después de varias cuadradas haciendo repetidas señales con mi dedo cordial, dicho individuo terminó cerrándose el paso en plena calle con su camioneta negra 4x4 y apuntándome discretamente con una pistola; eso sí, quedó helado al ver que yo era mujer, extranjera y, además, tranquilamente bajaba mi vidrio para escuchar lo que tenía para decirme.

Desde ese día no he vuelto a gritarle a nadie esa palabra, aunque sí puedo escuchar cómo algunos la dirigen hacia mi auto. Pero, justo es decirlo, existen en esta ciudad personas más sofisticadas, con un mejor manejo del lenguaje en general y de la figura retórica en particular, en fin, de la polisemia y del sarcasmo; estas personas gritan, en situaciones similares *mexicano* o *mexicana*. Los más, vociferan un *naco* o su equivalente femenino, y algunos no tienen recato ni culpa y expelen desnuda la palabra *indio*.

Existen diversas explicaciones sobre el origen de la palabra *naco*; personalmente considero que la más adecuada es la que la entiende como un derivado del nombre *totonaco*, que denomina a un grupo indígena de los estados de Veracruz y Puebla. Si bien el término *naco* se usó originalmente para referirse a los indígenas asimilados o aquellos que emigraban a la ciudad, en la actualidad se emplea principalmente como adjetivo calificativo despectivo, un equivalente a *terraja*, término que desconozco si sigue

Eleonora Achugar:: (Montevideo, 1974) es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Católica del Uruguay y magíster en Creación Literaria por la Universidad de Texas en El Paso, EUA. Actualmente, está dedicada a la didáctica de la lengua; es coautora de ocho libros de texto de Español y Literatura, y ha impartido cursos y seminarios para profesores de Español en coordinación con la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM y la Secretaría de Educación Pública de México. En sus ratos libres piensa que debería escribir ficción y, luego, no lo hace.

Foto de AFP Omar Torres

vigente en Uruguay. Está claro que, en última instancia, para los usuarios del término, es *naco* aquel que pretende ser algo que no es con el objetivo de ser aceptado en un ambiente que no le corresponde, por lo que, al hacerlo, su torpeza evidencia su origen: el del indio emigrado que no tiene educación y es incapaz de captar la moda citadina ni las buenas costumbres ni el vocabulario ni la entonación adecuados que, por supuesto, deben estar privados de todo rastro de lengua indígena.

Así, uno puede pasarse el día escuchando la palabra vociferada entre semáforos, puestos de tacos, baldosas hedientas, café Starbucks, shoppings abarrotados, oficinas gubernamentales: *naco, naco, ad nauseam...* Unos se lo gritan a otros y los otros a los demás, todos son nacos desde el punto de vista del otro, todos nacos... Está bien –(suspiros), *fiuuu*, aunque sea nacos. Porque indios nunca, eso sí que no, nadie quiere escuchar un “indio” (ni los nacos ni los güeros –los blancos–, que también son víctimas de este insulto desfigurado), indios jamás, indios nunca, nadie quiere ser o parecer indio, antes muertos. Y es que ser indio en México es un destino fatal, una condena, el peor de los castigos, la sombra de la buenaventura.

Aquí la vida se te presenta según seas güero, naco o indio, por lo que no existe mucha opción. Si naciste blanco, ya la hiciste, te tocó la primera opción y los caminos se abren ante ti repletos de posibilidades o con opciones, que ya es algo; a naco se llega con dinero, falta de memoria o mucho orgullo, por lo que es fácil entrarle; y es indio el que quiere y al que no le queda de otra, por lo que a eso no hay que pensarle mucho. No importa qué te griten, tu cara salta a la vista y, si no te gusta, compras unos polvos, vas a un doctor y *au revoir* morenaza, *bye bye* nariz chata, *ciao bellissima* naca.

El otro día escuché por primera vez a un amigo decirlo, gritarle “indio” a una persona que cometía una falta vehicular. Lo quedé mirando y pensé que hasta ese día no sabía quién era, pensé que me había equivocado, que no había dicho lo que yo había oído, pensé que las cosas podían cambiar. Le pregunté si había dicho otra cosa, si se había equivocado y me dijo: “No, son indios, no saben lo que hacen”. No sé si dijo eso o algo parecido, lo que sé es que las palabras son ideas, no se van, hacen lo que vemos; y el silencio tampoco ayuda. Una limosna en un semáforo, una muestra en alguna galería, como mucho, un niño indio adoptado por una madre pelirroja, la eterna mirada de la clase media pensante, preocupada y pasiva; segura en su comodidad aplastante de ver al indio en la calle, con el manto sobre la cabeza, con el niño atado a la espalda, con el cuerpo enjuto de falta de agua y sobra de sol, *very typical*, muy a la Juan Rulfo, todo como en la pantalla, tal cual en el Nat Geo: desde lejos, llorando lágrimas que se secan al cruzar la calle, mirar el reloj y planear hacer algo que se olvidará al llegar a la esquina.❖❖